

santas manos sobre el que miente. Yo nada aventuro, nada; yo no tengo por qué ponerme encarnada.

El testigo Guim.—Ni yo tampoco; si no fuese verdad no lo diría.

El señor primer Presidente.—Mujer Cazes, bien habeis dicho: «Mas valdria que hubiese muerto, no estaríamos metidos en el embrollo en que estamos.

Mujer Cazes.—Eso no es verdad, es inútil que se me pregunte otra vez; si mil veces se me digera que yo he dicho eso mil veces diría que es mentira.

El testigo Guim.—Éramos dos, el llamado Galuchon, tonelero, y yo.

El señor Julio Favre.—¿Por qué no se ha citado á Galuchon? El testigo busca apoyo para sus aseveraciones: los señores jurados apreciarán.

El señor primer Presidente pasa á la segunda conversacion entre la mujer Cazes y el testigo Guim, y reproduce los términos de la misma.

La Mujer Cazes.—No es cierto eso, señor Presidente; nada de eso es verdad.

El señor Presidente.—¿Por qué habria de mentir este hombre delante de la justicia, delante de Dios, cuya imágen está mirando?

La mujer Cazes.—Y yo tambien juraré una y mil veces que digo la verdad.

El señor primer Presidente.—Estais en contradiccion con el testigo y con vuestra hermana. A ésta digisteis que habiais visto bajar á Armand al subterráneo, á Guim digisteis le habiais visto subir y aquí no quereis decirlo.

La mujer Cazes.—No lo digo porque no lo he dicho; no ví á Armand en todo el dia.

Los testigos Guim y Cazes insisten en jurar cada uno por su parte que dice la verdad.

El señor primer Presidente.—Mujer Cazes, comprendo la situacion en que os hallais, me compadezco de vos. Estabais casi al servicio de Armand y vos sois capaz de hacerlo y decirlo todo por el dinero, segun dicen vuestros parientes.

La mujer Cazes.—Pero, señor Presidente, si yo no he dicho tales cosas y mienten los testigos, que entrambos son personas que están reñidas conmigo, ¿es todo esto una razon para que yo no diga la verdad?

El señor primer Presidente.—Gendarmes, queda arrestada provisionalmente la mujer Cazes.

A la mujer Cazes: teneis la actitud de quien no dice la verdad.

Vallemale (Enrique), agente de policia en Montpellier.—Estaba de servicio en el hospital, cerca de Roux, cuando vió un caballero que se acercaba á su cama y preguntaba como estaba. Le pregunté á aquel señor si era discípulo de la facultad de medicina.—Sí, me contestó,—acompañó al señor Alquíé en sus visitas. Acercándose entonces á Roux, le dijo: «¿No me conoceis?—Sois el amigo del señor Armand.—¿Cómo el amigo del señor Armand! ¿lo decís porque le compré vino el año pasado?» Me mezclé entonces en la conversacion y le pregunté el nombre á aquel caballero, quien me dijo llamarse Guizard, yerno del señor Deleuze, y ser comerciante en vinos.

El señor primer Presidente hace notar á los señores jurados lo que hay de extraño en esta visita furtiva, de un amigo de Armand á Mauricio Roux, quien no le conocia, pues que le llama Luis. ¿Qué interés tenia, pues, Guizard en ver á Mauricio Roux y por que tomaba el falso nombre de estudiante?

Armand.—Debo decir que el señor Guizard no es mi amigo, ni mucho menos. No simpatizamos ni él ni su suegro. Este último fué el que desgraciadamente me procuró á Mauricio Roux.

El señor Guizard (Enrique).—No conoce al señor Armand sino de vista.

El señor Julio Favre.—¿He ahí su gran amigo!

El testigo continuando.—El 8 de Julio oyó hablar en el café Clement de lo que le habia pasado al cochero del señor Armand. Conocia á aquel desgraciado que habia ido antes á pedirle una colocacion. Habia allí uno de sus amigos, amigo tambien de un estudiante de medicina llamado Reglade. Este le dijo: «Hemos visto al enfermo y está muy malo; no habla.

Deseoso de ver á Mauricio Roux aceptó el testigo la proposicion que le hicieron de hacerle entrar en el hospital, y prometió juntarse con ellos despues de comer. Fué, en efecto, y dijo que iba á ver un interno que le habia dado una carta. Se acercó á Roux que reconociéndole, le dijo: «Sois el yerno del señor Deleuze. ¿Cómo está?»—El testigo le preguntó lo que le habia pasado, no sabiendo que le habian encontrado en el subterráneo del señor Armand. Roux se lo explicó todo con los mayores detalles, y añadió: «Si

hubiera entrado á vuestro servicio nada de esto me hubiese pasado.»

El testigo añade: Roux habia pedido colocacion á su suegro, á quien ya conocia, y precisamente habia ido á vivir en el hotel Forestier, debajo de donde yo vivia. Cuando se presentó, si yo hubiese tenido necesidad de un criado lo hubiera tomado á mi servicio, pues me habia parecido un chico inteligente y capaz. El testigo al ir al hospital ignoraba la gravedad del asunto. Cuando supo de lo que se trataba sintió el paso que habia dado.

El señor primer Presidente.—¿Ignorabais lo que habia sucedido?

R.—Sí, señor Presidente; fuí á ver á Roux por compasion. Se me dijo que le habian llevado al hospital porque le habian pegado, pero no sabia quien habia sido. Hacia catorce dias que yo no salia de casa.

P.—El agente de policia dice que os atribuisteis falsamente la calidad de estudiante de medicina.

R.—(Vivamente). Está en un error.

El agente de policia Vallemale, á quien se vuelve á llamar, declara que el testigo le dijo que acompañaba al señor Alquíé en sus visitas y que estaba encargado de sus curaciones.

El testigo Guizard.—Os equivocais. Mauricio Roux me conocia y para decir eso era necesario tener mucho tupé. ¿Era necesario que yo hubiese perdido la cabeza!

El señor primer Presidente.—Testigo Vallemale, ¿os lo dijo?

R.—Sí, señor Presidente.

El testigo Guizard.—Señor Presidente, declaro bajo mi palabra de honor que el testigo ha mentido formalmente. Yo no conocia al señor Alquíé, era preciso que yo hubiese perdido la razon para que digese semejante cosa.

El testigo añade que al salir del hospital fué al café á hacer cargos al estudiante Reglade, porque habia faltado á la cita. Le contó lo que habia pasado al mismo tiempo. «Habeis hecho mal, le dijo Reglade, me habeis comprometido. Mis amigos y yo afirmaremos que fuisteis vos quien pidió entrar en el hospital.»

Reglade (Eugenio), estudiante de medicina, de-

clara que estando en el café el 8 de Julio por la noche con uno de sus amigos, que despues murió, un caballero á quien no conocia sino de vista, fué á sentarse al lado suyo y le habló del suceso que era objeto de todas las conversaciones. «Yo fuí quien hice colocar á Roux en casa del señor Armand, me dijo, sabia que Armand era brutal, pero no le creo capaz de cometer una accion semejante. Desearia ver á Roux, dicen que es hombre muerto. A peticion suya le dije las horas de visita de Roux que eran á las ocho y á las tres: dijome que no podia ir á esas horas, y viendo que insistia tanto le prometí que le acompañaria para que le viese; pero al dia siguiente el agente de policia que estaba de guardia al lado de Roux, me impidió que me acercase al enfermo, y me fuí al café para decir á aquel caballero que no podia ver ni hablar á Roux.

Vuelve á llamarse al testigo Guizard y se procede á un careo con el testigo Reglade. Cada uno sostiene que es verdad cuanto han dicho. Guizard, en un arrebatado de cólera, grita: «Juro que ese testigo miente infinitamente.»

El señor primer Presidente.—Voy á hacer un escarmiento. Gendarmes, prended á ese hombre, que tiene la insolencia de acusar á otro testigo de mentira. (Los gendarmes se acercan á Guizard y esperan las órdenes del señor Presidente.)

El señor abogado general R. ybaud presenta las siguientes conclusiones:

Con independencia de las disposiciones del código de instruccion criminal que regulan el procedimiento que debe seguirse en presencia del falso testimonio que se manifiesta en la audiencia, existen textos que protegen el carácter de los testigos contra los ultrajes que se les puedan dirigir. (Art. 6.º de la ley de 23 de Marzo de 1822.) Acaba de cometerse formalmente un delito en la audiencia por el testigo Guizard, y por lo tanto, pedimos la aplicacion de la ley.

El testigo Guizard.—Yo soy inocente por completo. Yo insisto en que fué el señor Reglade quien me dijo que Roux estaba en el hospital muy malo, yo no sabia una palabra de todo esto.

Miente; lo afirmo. Fuí á ver á Roux, me nombró, y me dijo: ¿Cómo estais? ¿cómo está el señor Deleuze?

Fuí á verle por mera curiosidad. No es cierto, lo juro, que yo digera nada de lo que me atribuye Regalade; como no es cierto tampoco, que yo tomase en el hospital la falsa calidad de estudiante de medicina para poder ver á Roux.

El señor Lachaud.—Me uno á los dos testigos que han declarado contra lo que dice Guizard, para suplicar á éste desgraciado jóven que vuelva á la verdad, si su declaracion no es exacta. Si dió un paso imprudente, es doloroso verle insistir sosteniendo hechos inexactos.

Guizard.—Lo que yo digo es exacto. Insisto en ello.

El señor Julio Favre.—Reclama la indulgencia del Tribunal para el testigo, cuya inteligencia le parece muy débil.

El señor Lachaud.—Vamos, señor Guizard, reconoced que habeis hecho mal en decir á un testigo que ha mentido. Suplicad al Tribunal os perdone por que se os ha escapado una expresion inconveniente. Si manteneis vuestra declaracion, retirad al menos las expresiones ofensivas que encierra.

Guizard.—Si he ofendido al Tribunal le pido perdon: retiro la expresion ofensiva de que me he servido.

El señor primer Presidente.—Hé aquí lo que queda. Un jóven quiso con empeño acercarse á Mauricio Roux; hizo uso para esto de una falsa calidad; se presentó como estudiante de medicina. Para ocultar mejor el motivo, no sé cual, que le lleva á querer ver á Roux, ha querido que ni aún se creyera que tenia conocimiento de la acusacion que estaba pendiente contra Armand. Ahora bien, señores jurados: el primer testigo, un agente de policia, os ha dicho que se atribuyó la calidad de estudiante de medicina, diciendo que acompañaba al señor Alquié en sus visitas, y otro testigo, estudiante de medicina, hablando con Guizard, le dijo:—«Se acusa á Armand, no le creia capaz de esto, aunque lo tuviese por un hombre brutal.» El uno niega, los otros afirman: vosotros apreciareis.

Cada vez que la acusacion hace oír testigos que vienen en apoyo de sus afirmaciones, nos encontramos en presencia de testigos que los desmienten, que niegan cuanto ellos dicen, que en nada convienen

con aquellos. Hace poco era la portera que puede, en presencia de otros dos testigos, su hermana y Guim, sostener enérgicamente que las palabras que la atribuian los testigos eran falsas: ahora vuelve á repetirse el hecho.

El señor Julio Favre.—El señor Regalade ha declarado que el señor Guizard le dijo en el café, antes de ir al hospital, que conocia al señor Armand; y el señor Guizard, al empezar su declaracion, os ha dicho que no lo conocia. Hay contradiccion manifiesta entre las dos declaraciones.

El señor primer Presidente.—Es cierto.

El señor Julio Favre.—Queda establecido que Guizard no conocia á Armand y conocia á Mauricio Roux. Se quiere buscar el enlace entre esta declaracion y el proceso, y no lo sé ver.

El señor procurador general.—Hé aquí la declaracion del estudiante, que estaba en el café con el testigo Regalade:

«El 8 ó el 9 estaba yo en el café á cosa de las siete de la noche. Un hombre á quien yo no conocia hablaba con Regalade y le pedia noticias de Mauricio Roux. Se las dimos y nos rogó que le acompañásemos al lado suyo: nos dimos cita para el dia siguiente.

Guizard ha mentido si ha dicho que yo le acompañé: yo era extraño á la conversacion que aquel individuo tenia con Regalade, como mintió si ha dicho que no conocia el crimen imputado á Armand, pues nos habló de ello. (Armand se levanta para hablar é insiste en ello, á pesar de los esfuerzos que hacen sus defensores para que se calle.)

El señor primer Presidente.—Veamos, Armand, ¿qué teneis que decir?

Armand.—Se me ocurre la idea de que ese testigo Guizard es un hombre vendido á Roux; debo decir la verdad.

El señor primer Presidente.—No digais sino eso.

Armand.—Cuando supe que habia ido al hospital, no sabia que interés podia tener, y me figuré muchas cosas.

El señor Julio Favre.—Todos buscan en la sombra, y al fin se encuentran.

El señor procurador general no sabe por qué fué este hombre al hospital. Tampoco lo sabemos nosotros, cada uno busca por su lado.

El señor primer Presidente.—Cualquiera que sean las suposiciones, lo que yo quisiera es que los testigos dijese la verdad en la audiencia.

El señor Julio Favre.—Teneis mucha razon, y nos asociamos á ese deseo.

El señor primer Presidente.—No me mueve otro interés, ni pretendo mas sino el esclarecimiento de la verdad.

Bourel (Pedro), agente de policia, oyó decir á Roux que Armand era su asesino; pero yo no sé nada, añadió.

ATENTADO DEL 17 DE NOVIEMBRE.

El señor primer Presidente.—Pasamos á oír los cinco testigos que tienen que declarar sobre los hechos que se refieren á la tentativa del 17 de Noviembre.

Goury (Juan).—Al salir del teatro (serian las doce y cuarto de la noche) oí, hácia el pasaje Bruyas, una voz en la calle des Augustins, cerca del convento de los Carmelitas; cuando me acerqué mas oí gritar: «Socorro! me muerol» Lleno de terror empiezo por huir; pero volví en seguida con uno de los hombres que apagan el gas, á quien encontré en el pasaje Bruyas. Encontramos á un hombre tendido en tierra, el que nos dijo que acababa de ser asesinado. Lo levantamos y lo cogimos por debajo de los brazos. El apagador de gas nos dejó y yo acompañé al herido hasta el hotel de la Croise-de-Malte; allí cayó desmayado y yo con él.

El señor primer Presidente.—Os dijo: «me han asesinado porque debo comparecer mañana ante los Assises?

R.—No me acuerdo.

P.—Lo dijisteis delante del comisario de policia.

R.—Es posible que lo dijera; pero no me acuerdo ahora.

El señor Lachaud, al testigo.—¿Los gritos de Mauricio Roux eran bien claros?

R.—Cuando yo me acerqué los oí con toda claridad.

El señor primer Presidente.—¿Oísteis bien que gritaba: «Socorro! me muerol»?

R.—Sí, señor.

El señor Lisbonne.—¿Dieron entonces las doce y cuarto?

R.—Sí, señor.

Claude (Juan), apagador del gas confirma la declaracion del testigo precedente. Cuando se encontró cerca del hombre que estaba tendido en tierra, le tocó con la mano y le dijo: «No se acuesta un hombre así en mitad de la calle, es preciso que os vayais á vuestra casa. Es imposible, me acaban de asesinar, le contestó.»

Añade el testigo que Roux le dijo que habia sido un hombre bien vestido y que llevaba baston, el que le habia asesinado, y que hubiera hecho mejor en acabarle de matar.

El testigo le hizo varias otras preguntas; pero tan solo le contestó aquel hombre: «Miradme la cabeza, llevaba un casquete; por delante no tenia nada, pero en la parte posterior tenia sangre.

En el boulevard de l'Esplanade el individuo deseaba tomar alguna cosa; pero los cafés estaban cerrados, y el testigo le indicó que en el boulevard de la Comedia encontrarian un hotel. El testigo le preguntó si era de Montpellier, á lo que le contestó: «No sé de donde soy.»

Habiendo concluido su servicio, el testigo le dejó y se marchó con Goury. Cuando estaba en su casa fueron á buscarle para que reconociese al hombre que estaba en la Cruz de Malta. Allí reconoció en aquel hombre acosado en una banqueta á Mauricio Roux, á quien él habia visto en el hospital.

El señor Julio Favre, al testigo.—¿Cuál es la distancia que media entre el pasaje Bruyas y la calle des Augustins?

R.—Como unos doscientos metros, á causa del rodeo que hay que hacer.

Delmas, conductor de ómnibus, se paseaba aquella noche por la plaza de la Comedia cuando vió dos hombres, de los cuales el uno sostenia al otro, y que, de pronto cayeron los dos. Los creyó borrachos; pero cuando vió lo que era, condujo al herido á la Cruz de Malta, que no podia tenerse sobre sus rodillas, y que al llegar se encontró mal. El testigo le reconoció entonces como el antiguo cochero del señor Armand, y fué á prevenir á la policia.

P.—¿Visteis la herida?

R.—Encontré sus cabellos llenos de sangre.

Pujin (Gabriel), sargento de policía en Montpellier.—El 17 de Noviembre último se encontraba de servicio en el campo de la Feria en Montpellier. Eran casi las once y diez minutos de la noche cuando se marchó para ir á buscar á su mujer al Circo Imperial. A las once y veinte minutos se encontraba en la calle de l'Aiguillerie cuando oyó á alguno que iba detrás de él tocando el suelo con un baston. Se volvió y reconoció á Mauricio Roux. Preguntóle á donde iba: «Voy á buscar á mi padre que está en casa del señor Riviere, el farmacéutico.—Pues no llevais el camino; os habeis equivocado.—Ya lo encontraré.—Si quereis os acompañaré:» y andando poco á poco le condujo el testigo hasta casi delante de la farmacia del señor Riviere; pero todo el mundo estaba ya acostado, por lo que le dijo entonces á Roux: «Vuestro padre se debe haber marchado; ¿quereis que os acompañe á vuestra casa? No, le contestó, os doy mil gracias, ya iré solo. El testigo le repitió su oferta por tres veces y viendo que rehusaba, se marchó á acostarse.

El señor *Julio Favre*, al testigo.—¿Cuando Mauricio Roux se encontraba delante de la farmacia del señor Riviere, estaba muy lejos de su casa? ¿La casa del señor Riviere está lejos de la calle de Lates?

R.—Hay una distancia de diez á quince minutos.

El señor *Julio Favre*.—¿La calle des Augustins se encuentra en el camino que debe seguirse para ir desde la farmacia del señor Riviere á la calle de Lates?

R.—No.

El señor *procurador general*.—El mismo Mauricio Roux lo ha indicado perfectamente. El procurador general recuerda la parte del interrogatorio relativo al atentado de que fué víctima el 17 de Noviembre.

El señor *Julio Favre*.—Así tenemos, que despues de haber rehusado el ofrecimiento del agente de policía, encontró al desconocido por tercera vez; llegado á un sitio que conducia á su casa, el desconocido propuso á Mauricio Roux, cambiar de camino ó irse á pasear á media noche, quien en lugar de seguir su camino, aceptó la proposicion. Todo esto me parece muy extraordinario.

El señor *Lachaud*.—Si se lee la declaracion de

Mauricio Roux, podrán los señores jurados ver el camino que recorrió (si el señor primer Presidente lo permite), mediante un plano de la ciudad de Montpellier que hemos hecho sacar, y en el cual se ve el camino que siguió Mauricio Roux aquella noche.

El señor *Lisbonne*.—El trayecto recorrido por Roux está pintado de azul.

El señor *primer Presidente*.—No encuentro dificultad en que se comunique ese plano á los señores jurados, y autorizo la comunicacion. (Se le entrega el plano á los señores jurados).

El señor *procurador general*.—Y yo me opongo formalmente. Yo no tengo conocimiento de ese plano.

El señor *Lachaud*.—El plano ha sido hecho por el arquitecto de la ciudad, que lo ha firmado y que lleva además el Visto Bueno de la Alcaldía de Montpellier.

El señor *primer Presidente*.—Todo eso no hace al caso. Voy á hacer que se devuelva el plano y se leerá la declaracion de Mauricio Roux.

(Se vuelve el plano á la defensa por los señores jurados, y el señor procurador imperial lee la declaracion de Mauricio Roux.)

El señor *Julio Favre*.—Quisiera dejar sentado un hecho en union con el señor procurador general. Mauricio Roux habla de haber estado sentado mas de una hora en un banco del café de Palacio, y pretende que debió ser visto por las personas que entraban y salian de él. Desearia que se conviniese en el hecho de que todos los testigos oidos han declarado que no vieron á nadie, y que aquella noche hacia mucho frio.

El señor *procurador general*.—Se ha oido, es cierto, á gran número de testigos que han declarado no podian decir nada en cuanto al sitio que designa Mauricio Roux, ya sea porque entraron en el café por otro lado, ya porque aún entrando por el lado en que aquel se encontraba, no miraron si habia alguna persona en el banco. Además, tenemos uno ó dos que han declarado que creen haberlo visto en la calle, pero solo.

El señor *Julio Favre*.—De lo dicho resulta y quedamos convencidos, de que nadie le vió en el banco.

El señor *primer Presidente*.—Confirmo que estais de acuerdo con los testigos, de que nadie le vió en

el banco del café del Palacio; pero en cuanto á las demás indicaciones de Mauricio Roux son exactas, y todos los testigos que designó le vieron y hablaron.

El señor *Lachaud*.—Pero siempre solo, y nadie le ha visto con un personaje millonario.

El señor *primer Presidente*.—Creo que hay un testigo que ha dicho que en un punto cualquiera vió detrás de él un caballero con baston.

El señor *Lisbonne*.—Pero ese caballero no estaba con Mauricio Roux.

El señor *Lachaud*.—Es evidente que habia en la calle personas que podian pasearse con un baston. Este hecho de un individuo que iba con un baston no explica que fuese Mauricio Roux.

El señor *primer Presidente*.—Ha habido un individuo que iba detrás de Mauricio Roux con un baston. Creo acordarme de este hecho. (*Signo de asentimiento en el banco de la defensa.*) Celebro que mis recuerdos concuerden con los de la defensa.

El señor *procurador general*, (*despues de haber examinado el plano en cuestion*).—Creo no habria dificultad en comunicar el plano que la defensa ha mandado hacer.

El señor *primer Presidente*.—Desde el punto en que el señor procurador no se opone, se presentará á los señores jurados.

El señor *Lachaud*.—Al mandar hacer el plano la defensa, solo tuvo por objeto el que se comprendiese con un solo golpe de vista todo el trayecto que habia recorrido Mauricio Roux en la noche del 17 de Noviembre paseándose por las calles de Montpellier, sin objeto alguno, y sin que nadie le hubiese visto dar ese paseo.

El señor *primer Presidente*.—Lo que añade la defensa al explicar el objeto que se propuso al mandar hacer el plano, pertenece á la discusion; el plano lo verán los señores jurados, pero como es necesario que no se distraiga la atencion de estos señores con el examen de aquel, me parece valdria mas que se depositase en la cámara de las deliberaciones, donde á su debido tiempo podrian estudiarlo con toda comodidad.

(Asentimiento por parte de los señores jurados.)

Maria Chalot, viuda *Soulier*, portera en Montpellier.—Mauricio Roux fué tres veces por la noche á

TOMO II.

buscar al señor Bertrand, y no pudiendo encontrarle, dijo que volveria el dia siguiente por la mañana á las siete y media. Fué la primera vez á las cinco y media, la segunda á las nueve y la tercera á las diez y cuarto.

El señor *Lachaud*.—¿Dijo la testigo á Mauricio que no era prudente pasearse de aquel modo por la noche?

R.—Le dije que era imprudente correr de aquel modo solo.

El señor *primer Presidente*.—¿Pero que idea se os ocurrió cuando digisteis eso á Mauricio Roux?

R.—Se me ocurrió decirselo, y se lo dije.

El señor *Lisbonne*.—¿Fué durante el dia con su padre?

R.—No; aquel dia fué solo; pero la vispera fué con su padre.

El señor *procurador general* lee la declaracion siguiente prestada cuando la instruccion:

«El 17 de Noviembre encontré en la calle de la Coquille á Mauricio Roux con una mujer á quien él preguntaba la direccion de la señora Rumel, etc., etc.»

El señor *Julio Favre*.—Esta declaracion consigna un punto importante, y es que se indicó de una manera exacta á Mauricio Roux el domicilio de la señora Rumel. La calle cerca del Jardin de Plantas.

El señor *primer Presidente*.—Queda concluida la lista de los testigos de cargo, pasemos á los

TESTIGOS DE DESCARGO.

A peticion del señor procurador general son llamados los señores Lamartine y Duplexis.

El señor *procurador general* al señor Lamartine.—Ya que tuvisteis á Mauricio Roux ocho años á vuestro servicio, debeis conocer sus costumbres. ¿Notasteis si tenia una ligereza de manos particular?

R.—Era buen jardinero, y cuidaba bien los caballos.

P.—¿Notasteis si hacia juegos de manos?

R.—No hacia nada de particular.

El señor procurador general hace la misma pregunta al señor Duplexis.

El señor *Duplexis* habla de las fanfarronadas que hizo Mauricio Roux á caballo en el puente Saint-

Esprit, por las cuales fué procesado; pero no puede decir otra cosa.

El señor Julio Favre.—Ya que se ha llamado á dos testigos, deseo á mi vez hacer una pregunta al señor de Felix. El señor de Felix se explicó ayer sobre la conducta de Mauricio Roux en su casa; pero si el tribunal lo permite, desearia preguntarle sobre su carácter y costumbres morales.

El señor de Felix.—En cuanto á su moralidad en materia de probidad no sé nada. Ahora en cuanto á sus costumbres, diré que notamos que tenia gran familiaridad con las criadas. Despues que salió de mi casa, ciertos rumores que no conociamos antes llegaron á nuestros oidos. Se decia que Mauricio Roux era un calavera, un libertino; que habia sembrado el dolor en algunas familias, prometiendole casarse con planchadoras y cocineras, y que tenia un gusto especial en engañarlas.

El señor primer Presidente.—De modo que bajo el punto de vista de costumbres, pasaba por un seductor de mujeres?

El señor Julio Favre.—¿Era embustero?

El señor de Felix.—Mintió ya al entrar en mi casa diciendo que salia de la casa del señor de Lamartine, cuando ya hacia tiempo que habia salido. Cuando se me presentó Mauricio Roux llevando una carta de un caballero de Pont-Saint-Esprit, le hice dos preguntas: «¿Salis ahora de la casa del señor de Lamartine? Y me respondió que sí.—«¿Por qué habeis dejado su servicio?»—«Por haber reñido con los criados.» No le pedí otras explicaciones, y en virtud de la carta del señor Durand no le pedí certificado. Supe mas tarde que se jactaba despues de haber salido de la casa del señor de Lamartine, de haber estado tres meses en París lanzado al libertinaje. Despues fué poco exacto en el servicio; desaparecia dias enteros cuando estaba en el campo; decia al volver que habia estado en Saint-Remy ó en Tarascon, á cuatro kilómetros de la propiedad, y despues sabiamos que habia mentido.

Cuando salió de mi casa, me hizo saber que no me sorprendiese de que volviese á casa del señor de Lamartine, mientras yo sabia de una manera positiva que entraba al servicio del señor Duplesis. Esto es cuanto sé.

El señor procurador general al testigo Hauterive.—¿A qué hora se levantaba ordinariamente Armand?

R.—A las ocho, ocho y media ó nueve. No salia así que se levantaba, generalmente hablaba con su tío, que iba á verle.

El señor Duplesis.—Deseo declarar sobre un hecho, y es que cuando Mauricio Roux salió de mi casa, entró á servir en el hotel du Petit-Saint-Jean, en Nimes, á donde fueron á verle muchas muchachas de Alais.

Pons (Abel), dependiente de comercio en Montpellier.—El día del accidente bajé al subterráneo á las ocho y diez minutos. Mi principal, el señor Galofre, fué á juntarse conmigo, y allí estuvimos hasta las nueve y cuarto. A las once bajé de nuevo con algunos asociados de la casa, que volvieron á subir diez minutos despues. Por último, á las tres bajé con dos empleados y volvimos á subir un poco mas tarde.

Trabajé en los dos subterráneos: el uno situado en el fondo del corredor, el otro mas próximo á aquel en que fué encontrado Mauricio Roux; en ninguna ocasion oí nada.

El señor Lachaud.—¿Colocó el testigo algunos barriles en el corredor?

R.—Lo que yo hice fué echar agua desde arriba, en cuyo momento oí que la señora viuda de Armand (tia), preguntaba á la conserge quien echaba aquella agua, y la conserge contestó que eran los empleados del almacén.

Salendre, comerciante de Montpellier, confirma la declaracion de Pons. En sus diversas bajadas y subidas del subterráneo á las nueve y á las once, no vió ni oyó nada.

Giraud, dependiente de comercio de Montpellier.—Bajó al subterráneo para beber á las tres y media, y no oyó ni vió nada.

Bivoteau (Cárlos), abogado del tribunal imperial de Montpellier.—Tuvo ocasion de ver al señor Armand á cosa de las diez de la mañana, á las diez y media y á las seis de la tarde del día 7 de Julio. La primera vez bajaba el señor Armand á su escritorio, sonriente y comiendo un pedazo de pan. El testigo le preguntó sobre varios asuntos, y le contestó con la

mas perfecta calma, notó en él una lucidez de espíritu completa, añade el testigo, junto con su benevolencia y finura ordinarias.

Media hora despues, pasando por el despacho, el señor Armand le llamó y le preguntó si le habian sido útiles las noticias que le habia dado. El testigo le contestó afirmativamente y le dió las gracias. El señor Armand estaba tranquilo y sonriente, no notándose en él el mas ligero signo de preocupacion.

El testigo volvió á ver por la noche al señor Armand en el umbral de la puerta hablando con el señor Bruyas, banquero de Montpellier. Cambiaron algunas palabras; en aquel momento el señor Armand estaba perfectamente tranquilo, en su completo estado normal.

Cuando al dia siguiente el testigo supo el suceso, se acordó de aquella tranquilidad, de aquella benevolencia que habia visto como siempre en el señor Armand, y les encontró inconciliables con la acusacion que contra él se dirigia. Siendo culpable era imposible que estuviese tan exento de preocupacion. Esta fué la razon de por qué el testigo no creyó un solo instante en la culpabilidad del señor Armand, y su conviccion profundísima hasta en el momento en que declara, es que se halla inocente del crimen de que se le acusa.

El señor primer Presidente.—Testigo, no se os preguntan vuestras apreciaciones.

El señor Bivoteau.—Como lo que he dicho es la verdad, debia decirlo. He dicho la verdad.

El señor primer Presidente.—No lo dudo; pero el sentido de mi observacion es esta: «no puede un testigo, olvidando que se le llama para declarar sobre hechos, expresar una opinion personal.»

El señor Lachaud.—El testigo no declara por vez primera; fué oido en la informacion.

Lazuttes (Teodoro).—Personalmente conoce muy poco al señor Armand, y va á reproducir la declaracion de su suegro, muerto hace seis semanas.

Su suegro se encontraba en el despacho del señor Armand el día 7 por la mañana á cosa de las diez cuando el señor Armand llegó. Este cambió con su suegro algunas palabras amistosas, y despues se enteró del contenido de varias cartas. Suscitóse una divergencia de opinion entre el señor Armand y el se-

ñor Biguet sobre un hecho consignado en una carta, y las investigaciones que se practicaron dieron inmediatamente la razon al señor Armand. Esto fué lo que hizo que el suegro del testigo creyese que no podia haber persona que conservase tanta calma despues de haber cometido un crimen tan atroz como el que se acababa de cometer.

Las relaciones del suegro del testigo y del señor Armand se remontaban á cerca de veinticinco años. A pesar de la diferencia de edad y fortuna, siempre fueron las mejores, hasta amigables: comian juntos en el campo y en la ciudad.

El señor Lachaud.—¿Querrá el señor Presidente preguntar al testigo, si su suegro le contó algo relacionado con el suceso del 17 de Noviembre?

El señor Lazuttes.—Debo decir que por la mañana, al bajar del Palacio de Justicia, me preguntó por la calle des Augustins. Como se encontraba cerca del lugar del suceso, pasó por allí y se encontró en el mismo sitio en que el crimen debió ser cometido con una piedra de un mediano tamaño, la que supuso sirvió para cometerlo.

La señora Armand es llamada: se presenta con la cara cubierta.

El señor procurador general.—Pide que no sea oida como testigo, consintiendo en que esto se ordene por el señor Presidente en virtud de un poder discrecional. Despues de algunas explicaciones cambiadas entre la acusacion y la defensa, se resuelve de comun acuerdo que la señora Armand, que fué ya oida durante la instruccion, no lo será en la audiencia. Va á colocarse al lado del estrado en que se encuentra su marido.

Castan (Hipólito), comerciante en Montpellier.—Conoce á Armand desde hace mucho tiempo. El 7 de Julio, entre cuatro y cinco de la tarde, fué el señor Armand á buscarle á su casa. Estuvieron juntos tres cuartos de hora, y despues se fueron juntos al café. Le acompañó luego hasta su casa, dejándole á las seis y media, despues de una larga conversacion en la cual el señor Armand se manifestó como de costumbre. El testigo pertenece al mismo casino que el señor Armand, y siempre se ha portado en él de la manera mas conveniente y cual corresponde á un hombre bien educado.